

GARTH GREENWELL

Lo que te pertenece



LITERATURA RANDOM HOUSE

Lo que te pertenece

GARTH GREENWELL

Traducción de
Javier Calvo

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@Literaturarandomhouse



@megustaleer



@Litrandomhouse

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*Para Alan Pierson y Max Freeman
y para Luis Muñoz*

1

MITKO

Que mi primer encuentro con Mitko B. terminara con una traición, aunque fuera pequeña, ya debería haberme puesto en alerta entonces, y eso a su vez debería haber mitigado mi deseo de él, o incluso haberlo eliminado por completo. Pero el sentido de alerta, en sitios como los lavabos del Palacio Nacional de Cultura, que fue donde nos conocimos, viene a ser un elemento coextensivo al aire, ubicuo e ineludible, hasta el punto de convertirse en parte misma de aquellos que habitan en él, y por tanto en parte esencial del deseo que nos lleva allí. Todavía estaba bajando la escalera cuando oí su voz, que al igual que el resto de él era demasiado voluminosa para aquellas estancias subterráneas y se salía de ellas como si emergiera de vuelta a la luminosa tarde, que, aunque estábamos a mediados de octubre, no tenía nada de otoñal; las uvas que colgaban maduras de las parras de toda la ciudad aún soltaban jugo caliente cuando las mordías. Me sorprendió oír a alguien hablar con tanta libertad en un lugar donde, siguiendo un código implícito, las voces rara vez se elevaban por encima de un susurro. Al pie de las escaleras le pagué mis cincuenta stotinki a una anciana que levantó la vista para mirarme desde su cabina, su expresión indescifrable al tomar mis monedas; con la otra mano se arrebujaba en un chal para

protegerse del frío que allí dentro era constante, en cualquier época del año. Solo al acercarme al final del pasillo oí una segunda voz, no elevada como la primera, sino que respondía en un murmullo bajo. Las voces venían de la segunda de las tres estancias de los lavabos, donde podrían haber pertenecido a dos hombres que se estuvieran lavando las manos si las hubiera acompañado el sonido del agua. Me detuve a la altura de la primera estancia, observándome en los espejos que cubrían las paredes mientras escuchaba su conversación, aunque no podía entender ni una palabra. Solo había una razón para que aquellos hombres estuvieran allí: los lavabos del NDK (como llaman al Palacio) están suficientemente escondidos y tienen tal reputación que apenas son usados para nada más; y aun así cuando me giré hacia la estancia este motivo me pareció no concordar con la conducta del hombre que captó mi atención, que era cordial y desenvuelta, del todo pública en aquel lugar de intensas privacidades.

Era alto, flaco pero ancho de espaldas, con el pelo rapado al estilo militar tan popular entre ciertos jóvenes de Sofía que ostentan un estilo hipermasculino y un aire vagamente criminal. Apenas me fijé en el hombre que estaba con él, que era más bajo, obsequioso, con el pelo oxigenado y una chaqueta tejana de cuyos bolsillos no sacó en ningún momento las manos. Fue el más alto el que se giró hacia mí con aparente interés amistoso, libre de depredación o miedo, y aunque su mirada me pilló desprevenido me encontré respondiendo con una sonrisa. Me saludó con un complicado flujo de palabras, ante el cual solo pude negar con la cabeza con expresión confusa mientras estrechaba la

enorme mano que me ofrecía, brindándole a modo de entrecortada disculpa y defensa las pocas frases que había practicado hasta la extenuación. Su sonrisa se ensanchó cuando se dio cuenta de que era extranjero, revelando un diente roto cuyo borde serrado (tal como descubriría más tarde) atormentaba obsesivamente con el índice en los momentos en que se quedaba abstraído. Incluso a unos pasos de distancia pude oler el alcohol que emanaba no tanto de su aliento como de su ropa y su pelo; aquello explicaba su desenvoltura en un lugar que, pese a toda su licenciosidad, estaba siempre vinculado a grandes inhibiciones, y explicaba además la singular inocencia de su mirada, que era decidida pero no amenazante. Volvió a hablarme, ladeando la cabeza, y en un batiburrillo de búlgaro, inglés y alemán establecimos que yo era estadounidense, que llevaba unas semanas en la ciudad y que iba a quedarme por lo menos un año, que era profesor en el American College, que mi nombre era más o menos impronunciable en su idioma.

A lo largo de nuestra incierta conversación ninguno de los dos hizo mención alguna al extraño lugar de nuestro encuentro, ni tampoco al uso que se le daba de forma casi exclusiva, de modo que mientras hablaba con él sentí una ansiedad compuesta a partes iguales de deseo y de inquietud por el misterio de su presencia y sus intenciones. Había también un tercer hombre, que entró y salió varias veces del cubículo más alejado, mirándonos fijamente pero sin acercarse ni decirnos palabra. Por fin, después de haber llegado al final de las presentaciones y después de que el tercer hombre volviera a meterse en su cubículo, cerrando la puerta tras de sí, Mitko (como lo conocía ahora) señaló en

su dirección, me dedicó una mirada muy elocuente y me dijo *Iska*, él quiere, haciendo un gesto obsceno cuyo significado estaba claro. Tanto él como su compañero, a quien se refirió como *brat mi* y que no había hablado desde mi llegada, se rieron, mirándome como para incluirme en la broma, aunque por supuesto era tan objeto de su burla como el hombre que los escuchaba desde dentro de su cubículo. Estaba tan ansioso por unirme a su grupo que casi sin pensarlo sonreí y meneé la cabeza de lado a lado, con ese gesto que aquí significa tanto consenso o afirmación como cierta maravilla ante las bizarrías del mundo. Sin embargo, en la mirada que intercambiaron noté que mi intento de agregarme a ellos solo había aumentado la distancia entre nosotros. Para recuperar terreno, y tomándome un tiempo para disponer mentalmente las sílabas necesarias (que, a pesar de mis esfuerzos, casi nunca emergen como deberían, ni siquiera ahora cuando me dicen que hablo *hubavo* y *pravilno*, cuando noto sorpresa ante mi aptitud en un idioma que casi nadie que ya lo conozca se molesta en aprender), le pregunté qué estaba haciendo allí, en aquella estancia fría y con sensación de humedad. Por encima de nosotros todavía parecía verano, la plaza estaba llena de luz y de personas, algunas de ellas, en patines o monopatines o bicicletas tuneadas, de la misma edad que esos hombres.

Mitko miró a su amigo, a quien se refirió como su hermano aunque no eran hermanos, y cuando el amigo se dirigió hacia la puerta de entrada él se sacó la cartera del bolsillo de atrás. La abrió y cogió un paquetito cuadrado de papel satinado, una página arrancada de una revista y doblada muchas veces. Desdobló la página con cuidado, con las

manos temblándole un poco, manteniéndola en equilibrio para evitar que el material suelto que había dentro cayera a la humedad y porquería que pisábamos. Adiviné lo que me iba a revelar, naturalmente; mi única sorpresa fue que hubiera tan poco, unas cuantas hojitas machacadas. Diez leva, dijo, y luego me sugirió que su amigo, él y yo, los tres, nos lo fumáramos juntos. No pareció decepcionado cuando rechacé su ofrecimiento; se limitó a volver a doblar meticulosamente el papel y a guardárselo en el bolsillo. Pero tampoco se marchó, como había temido que hiciera. Quería que se quedara, a pesar de que en el curso de nuestra conversación, que avanzaba a trancas y barrancas y que no podía haber durado más de cinco o diez minutos, se había hecho difícil imaginar que el deseo creciente que sentía por él tuviera alguna perspectiva de satisfacción. A pesar de toda su afabilidad, durante nuestra conversación parecía haberse distanciado de mí misteriosamente; cuanto más eludíamos cualquier proposición erótica, más definitivamente inalcanzable me resultaba, no tanto porque fuera muy guapo, aunque a mí me lo parecía, sino debido a algún rasgo suyo todavía más intimidatorio, una especie de seguridad o confianza en su cuerpo que sugería que estaba libre de cualquier duda o inseguridad, de cualquier pudor por existir. Daba sencillamente la impresión de aceptar su derecho a una parte de la generosidad del mundo, que de forma tan evidente le había sido negada. Miró a su amigo, que no se había movido para volver con nosotros después de que Mitko escondiera su minúsculo alijo, y después de intercambiar otra mirada el amigo nos dio la espalda, no tanto para vigilar la puerta, me pareció, como para dejarnos un poco

de intimidad. Mitko volvió a mirarme, todavía amigable pero con una nueva intensidad, y luego ladeó un poco la cabeza y se llevó una mano a la entrepierna. Yo no pude evitar bajar la vista, por supuesto, como tampoco pude refrenar la excitación que estoy seguro que notó cuando mi mirada volvió a encontrarse con la suya. Se frotó los tres primeros dedos de la otra mano, haciendo ese gesto universal que significa dinero. En sus maneras no había ninguna seducción, ninguna muestra de deseo; lo que estaba ofreciéndome era una transacción, y no volvió a mostrar decepción alguna cuando de forma refleja y sin vacilar le dije que no. Era la respuesta que siempre había dado a tales proposiciones (inevitables en los lugares que frecuento), no debido a ninguna convicción moral sino por orgullo, un orgullo que se había ido debilitando durante los últimos años, a medida que comprendía que el paso del tiempo me estaba trasladando de una categoría de objeto erótico a otra. Pero en cuanto pronuncié la palabra me arrepentí al ver que Mitko se encogía de hombros y se apartaba la mano de la entrepierna, sonriendo como si todo hubiera sido una broma. Y luego, cuando finalmente se dio la vuelta para marcharse con su amigo, despidiéndose con un gesto de la cabeza, levanté la voz y dije *Chakai chakai chakai*, espera espera espera, repitiendo la palabra deprisa y con la misma inflexión que había oído usar a una anciana una tarde en un cruce cuando un perro callejero se aventuró entre el tráfico. Mitko se giró al instante, tan dócil como si nuestra transacción ya hubiera tenido lugar; tal vez en su mente ya la diera por hecha, como yo en la mía, por mucho que fingiera escepticismo ante el producto en oferta, intentando ejercer algo de

control sobre la abrumadora excitación que sentía. Le miré la entrepierna y volví a levantar la vista, diciendo *Kolko ti e*, ¿cómo la tienes de grande?, la frase estándar, la primera pregunta siempre en los chats de internet que yo frecuentaba. Mitko no contestó, sonrió y entró en un cubículo y se desabotonó la bragueta, y mi pretendida vacilación se vino abajo en cuanto me di cuenta de que pagaría cualquier precio que me pidiera. Di un paso hacia él, alargando el brazo como para reclamar ya la mercancía, siempre se me ha dado fatal negociar o regatear, mi deseo es inmediatamente legible, pero Mitko se volvió a abotonar la bragueta, levantando una mano para mantenerme a distancia. Supuse que quería que le pagara, pero en cambio pasó rodeándome, diciéndome que esperara, y regresó a la hilera de lavamanos de porcelana, llenos de grietas y manchas. Entonces, con un candor físico que atribuí a la borrachera pero que pronto descubriría que era un rasgo inalienable, se sacó el largo tubo que era su polla de los vaqueros y se inclinó sobre la pileta del lavamanos para lavársela, retrayendo el prepucio y estremeciéndose al sentir el agua, que solo salía fría. Se pasó un buen rato antes de quedarse satisfecho, el primer indicio de una escrupulosidad que nunca dejaría de sorprenderme, teniendo en cuenta su pobreza y las precarias circunstancias en que vivía.

Cuando volvió le pregunté el precio del acto que deseaba, que era de diez leva hasta que abrí la cartera y encontré solo billetes de veinte, uno de los cuales me reclamó ávidamente. La verdad era que no me importaba, las cantidades me resultaban igualmente insignificantes; habría pagado el doble, y luego otra vez el doble, lo cual no significa que tu-

viera unos recursos particularmente amplios, sino que su cuerpo me pareció de un valor casi infinito. Me resultaba increíble que cualquier cantidad de aquellos billetes sucios pudiera dar acceso a aquel cuerpo, que después de una transacción tan simple pudiera alargar los brazos y tenerlo para mí. Metí las manos por debajo de la ajustada camisa que llevaba, y él me apartó suavemente para poder quitársela, desabrochándosela botón a botón y luego colgándola con cuidado del gancho de la puerta del cubículo que tenía detrás. Era más delgado de lo que había esperado, menos definido, y el pelo que cubría su torso había sido afeitado hasta dejar un vello hirsuto, de modo que por primera vez me di cuenta de lo joven que era (veintitrés años, descubriría) al ver su cuerpo de muchacho expuesto ante mí. Me volvió a indicar que me acercara con esa ceremoniosidad exagerada que adoptan algunos borrachos y que puede ir seguida, la idea nunca se alejó de mí por muy excitado que estuviera, de estallidos igualmente exagerados de rabia. Mitko me sorprendió entonces inclinándose hacia delante y poniendo su boca sobre la mía, besándome con generosidad, sin refrenarse, y aunque no había hecho nada que invitara a ese contacto, lo recibí con placer y le chupé con ímpetu la lengua, antiséptica por el alcohol. Sabía que él estaba fingiendo un deseo que no sentía, y estoy convencido de que estaba demasiado borracho para sentir deseo alguno. Pero siempre hay algo teatral en todos nuestros abrazos, pienso, mientras sopesamos nuestras reacciones frente a las que percibimos o proyectamos; siempre deseamos demasiado o no lo bastante, y respondemos en consecuencia. Yo también estaba interpretando, fingiendo que

creía que su despliegue de pasión era una respuesta genuina a mi deseo, que no tenía nada de fingido. Como si intuyera estos pensamientos me abrazó con más fuerza contra él, y por primera vez capté, por debajo del más intenso y casi sofocante del alcohol, su olor, que se convertiría en la mayor fuente de placer que tendría de él y que buscaría (en el cuello y la entrepierna, debajo de los brazos) en cada uno de nuestros encuentros. Aquel olor puso fin a mis pensamientos, levanté una de sus manos por encima de la cabeza, interrumpiendo nuestro beso para pegar la cara bajo su brazo (estaba afeitado también ahí, la piel se sentía áspera contra mi lengua), sorbiéndolo como si estuviera obteniendo un alimento necesario de una fuente inadecuada. Después caí de rodillas y lo tomé con la boca.

Al cabo de unos minutos, mucho antes de haberme dado lo que me debía, la obligación contraída cuando tomó de mi mano un billete sucio de veinte leva, Mitko hizo un ruido fuerte y extraño, poniéndose tenso y apoyando las palmas de las manos en las paredes laterales del cubículo. Era una mala interpretación de un orgasmo, si es que era eso, y no solo porque durante los pocos minutos que llevaba chupándole no había mostrado la más mínima reacción. *Chakai*, le dije contrariado cuando se apartó de mí, *iskam oshte*, quiero más, pero no cedió, me sonrió y me hizo un gesto para que me echara hacia atrás, aún con cortesía, mientras se ponía la camisa que con tanto cuidado había colgado detrás de él. Me quedé mirándolo impotente, todavía de rodillas, mientras él llamaba a su amigo, de nuevo *brat mi*, y que le contestó desde la estancia exterior. Tal vez se había dado cuenta de que me había enfadado, y quería